

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8561

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Estranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Sábado 24 de Mayo de 1890.

NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos de la inoculación de la linfa vacuna procedente del Instituto de Murcia, se han traido cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Viuda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

ECOS DE MADRID.

23 de Mayo 1890.

No se quejarán los forasteros. Tanto el municipio como las demás corporaciones que han organizado los festejos, han tenido el buen acierto de prepararlos en pequeñas dosis y muy bien repartidos entre los veinticinco días que han de durar. De este modo, los que nos han favorecido con su visita, pueden destinar una buena parte del día á visitas, á compras, á ver los museos, las caballerizas reales, lo más notable de la población y disfrutar por la tarde y por la noche de las fiestas organizadas en su obsequio. La animación en calles, plazas y paseos es grande. Bien puede calcularse que se ha aumentado la población con ocho ó nueve mil personas y es seguro que el comercio se resarcirá de sus pérdidas porque las tiendas están llenas y por lo menos durante el día casi todos los que por su aspecto parecen forasteros van cargados con paquetes. Los carniceros han intentado aprovecharse de la ocasión subiendo el precio de la carne; pero los alcaldes de los distritos les han bajado los humos, inspeccionado sus establecimientos, los pesos, y la calidad de la mercancía. De este examen ha resultado que los consumidores eran víctimas de varios fraudes. Es una lástima que no se despliegue diariamente el mismo celo. Los demás artículos de primera necesidad han encarecido también; pero lo que no va en lágrimas va en suspiros. ¿Quién no se olvida de estas miserias, de la vida íntima ante las variadas y alegres fiestas que regocijan á la villa y corte?

Para los madrileños, los mismos que han venido á honrarnos con su visita, constituyen un espectáculo interesante y divertido.

Donde más se disfruta de él es en los tranvías. A lo mejor entran en uno de los coches ocho ó nueve personas que forman una familia. Rara vez falta el cicorone indispensable. Una vez es el padre que estuvo en sus mocedades en Madrid, otra es el hijo que vive entre nosotros en calidad de estudiante. Es de ver con que afán, con que entusiasmo enumeran las calles, señalan los edificios, explican los sucesos que pasaron en tal ó cual sitio.

Yo pasé un rato muy ameno el otro día recorriendo el trayecto que media desde San Francisco el Grande hasta la Puerta del Sol.

Un joven vivaracho y amable hacía las explicaciones á una familia compuesta del papá, la mamá y tres garridas y donosas jóvenes.

—Esta es la plaza de la Cebada, decía el cicorone.

—Mucha debe gastarse en Madrid cuando necesita un edificio tan grande, objetó sentenciosamente el papá.

—Perdone usted, no se vende cebada en ella.

—Pues entonces para qué la llaman así? preguntó la mamá.

—Porque en su origen solo se vendía ahí ese grano tan necesario al ganado. Esa casa que ven ustedes á la izquierda es la Latina.

—La tina? una casa de baños?

—No señora, la casa de una famosa doctora que sabía el latín, como los humanistas más consumados.

—Ah!

—Esa iglesia de la derecha es San Isidro donde mató el cura Galeote al obispo de Madrid.

—Le mató ahí? preguntaron á un tiempo las tres niñas.

—Si por cierto, en el átrio.

—No se vé nada!

—Esta calle que tuerce es la Imperial.

—¿Qué pequeñita! Parece un garabato.

—¿Cuánta gente hay allí! ¿Y uno que está en un coche gesticulando!

—Será el Congreso de los diputados?

—Calle V. hombre... el Congreso al aire libre.

—Como dicen las niñas que gesticula y habla un caballero, pensé que podía ser un diputado.

—Pues es un charlatán que vende específicos para curar todos los males.

—Y esa plaza tan grande con la fuente?

—Es la Puerta del Sol.

—Ah! sí... que magnífica es?

—Pero no veo la Puerta!

Podría repetir muchos cuadros análogos.

Lo que más agrada á los forasteros es encontrar paisanos.

—Una cosa me entristece en Madrid! decía una señora la otra tarde en una casa en donde estaba de visita.

—Y qué es ello? le preguntaron.

—Que ando todo el día por esas calles de Dios y no veo caras conocidas.

Hasta los malhechores, y los locos han querido ofrecer emociones á los forasteros. El crimen de la calle de la Justa, el marido que asesinó á su mujer en la calle del León y la señora que en la iglesia de las Delicias disparó un revólver aunque por equivocación sobre un músico, han contribuido á justificar la pintura que hacen todos los días los periódicos de la villa y corte.

Como las fiestas continúan todavía volveré á hablar de nuestros estimados huéspedes.

Julio Nombela.

ECOS DE SAN FERNANDO

22 Mayo 90.

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA.
Amigo mío: Hoy ha sido un día grande y afortunado.

A las 6 y media de la mañana el submarino cerrado la escotilla y empezó á navegar hacia el mar libre seguido del «Colón» y de los cañoneros «Salamandra» y «Cocodrilo» invitado galantemente por el presidente del Club de Regatas de Cádiz Sr. Ravina, recibí hospitalidad á bordo del vapor «Tro-

cadero» que ha seguido durante la prueba de hoy á sotavento del «Salamandra».

El día amaneció hermoso con viento fresco del N. E. pero al rebasar las Puercas encontramos bastante mar de fondo con viento fresco de N. N. E. con tendencia al E. Esta tendencia y sobre todo la mar de fondo que reinaba no gustó nada á los marinos que nos acompañaban, cuyos augurios nos molestaron grandemente.

Entre tanto el Submarino avanzaba valiente y gallardamente con una marcha de seis millas y rumbo al S. O. para franquear la costa.

Hasta cosa de las 9 reinó un terral bastante vivo, pero de pronto se levantó virazón del O. que alborotó la mar.

Navegábamos á seis millas de tierra desarrollándose ante nuestras miradas el panorama más encantador; la escuadra en primer término sobre el azul del mar, después el submarino con su gallarda torrecilla coronada por el glorioso pabellón de España y sirviendo de límite entre el azul del cielo y el azul del mar se destacaba la gentil ribera descollando sobre aquel gracioso sustentáculo las torres de San Fernando y el observatorio á modo de avanzadas de la Sultana Gades, el histórico castillo de Santi Petri, Cabo Roche, altos de Meca y Cabo Plata en la embocadura del Estrecho. Hacía este cabo llevaba su rumbo el submarino, que deslizándose entre las encrespadas olas cual cetáceo, desafiaba la mar que lo envolvía con sus plateados rompientes haciéndole desaparecer con desesperante frecuencia. A no ser por la bandera que arbolaba, lo hubiéramos perdido de vista muchas veces.

A las diez de la mañana y á seis millas de Cabo Roche, arreció el viento de S. O. y levantó mucho la mar. Entonces el submarino avivó su marcha.

Pasan 40 minutos, para nosotros angustiosos, y una vez en aguas del cabo, meta de su empeño, vira el «Peral» toma la vuelta de tierra y con inimitible gallardía taja las olas y navega seguido por los buques de la escuadra. Y en verdad que ya era tiempo que cesaran tan intrépidos esfuerzos. Si los 18 millones de habitantes que hay en España hubieran presenciado el acto, un atronador grito de 17 millones y 9 décimas partes de españoles hubiera ensordecido á la junta técnica pidiéndole que se hubiese dado por satisfecha de la prueba una ó dos horas antes. El viaje de hoy á cabo Roche ha valido por tres. Bien puede estar satisfecha la junta técnica oficial.

A pesar de la dificultad de la navegación de retorno, la hizo valientemente el submarino embocando á las dos de la tarde la bahía y atracándose diez minutos después al costado del «Colón» abriendo la escotilla, apareciendo Peral sobre la plataforma de su barco para saludar al general, volviendo á cerrar la porta y tomando rumbo para la Carraca, á donde llegó á las 3 1/2 con la escotilla cerrada, pues aun después de fondeado en el caño le entraba mar cuando hubo de abrir la escotilla.

Teníamos una fe ciega en la obra de nuestro sabio paisano; pero nunca habríamos podido creer que su pequeño barco surcara la brava mar de hoy con la valentía y el feliz éxito alcanzado, que lo colocan desde luego en la clase y á la cabeza de los mejores barcos del mundo, bien puede trasladarse á donde quiera. En nuestro bordo ha habido un entusiasmo indescribible; como débil muestra de él envío á ustedes copia del mensaje que allí se redactó y firmó por todos, una impudicísima improvisación poética de la autora del mensaje, D.ª Patrocinio de Biedma y un elocuente

brindis de D. Julio de Vargas, digno redactor de «El Imparcial».

Dice así dicho mensaje:

«Hemos seguido al «Peral» en su primera prueba, tan importante que hemos tenido orgullo de ser españoles.

La mar, para darle más valor, ó acaso por que la naturaleza muestra su entusiasmo con bravas sacudidas, se ha hecho de tal manera dura que nos obliga á pensar en sus peligros y en el valor que se necesita para arrostrarlos como lo hacen sus tripulantes, con una fuerza que tiene más de pensamiento que de materia, diríase que se alimenta con las energías de sus almas.

El sentimiento que nos embarga se traduce en una alegría que más que expansiva es mística, como si ante el altar de la gloria adorásemos la patria.

Por eso al felicitar con las lágrimas en los ojos á Peral y á sus dignos compañeros, héroes del honor y de la ciencia solo sabemos gritar: ¡Viva España! ¡Viva Peral, gloria de los marinos españoles!

A bordo de «El Trocadero», con la insignia del Club de Regatas, en aguas de Cabo Roche á las 11 de la mañana del 22 de mayo de 1890.

Patrocinio de Biedma.—Ramon Garcia Ravina.—El redactor de «El Liberal», Julio de Vargas.—José Macías.—El cartagenero, Isidoro Martínez Rizo.—Aniceto de Abasolo.—José Rodríguez y Rodríguez, redactor del «Diario de Barcelona».—Adolfo Yolí.—Andrés González.—Benjamin L. Aldazabal.—José Diaz.—Eudaldo L. Aldazabal.—F. Santomé, redactor de «La Dinastía».—El corresponsal de «El Imparcial» y redactor de «El Diario de Cádiz», Manuel Escobar.

ENTRE DOS CABOS.

¡Allí está Trafalgar! como ilusoria sombra que finje el guiño del sarcasmo, nos recuerda una fecha de marabismo que flota como sombra en nuestra historia y surge para hundir esa memoria, hay otro nombre que produce pismo al pensamiento, y borra en su entusiasmo lo que empañar pudiera nuestra gloria. Es Cabo-Roche; tan hermoso nombre de un sabio terminó con el martirio pues, nadie habrá que sepa y no se

(asombre que se cumplió con sin igual delirio al submarino que la Patria aclama; y cabo de Peral será en su fama.

Brindis: Por España, tierra privilegiada en que nacen marinos como Peral y escritoras como Patrocinio de Biedma, Julio de Vargas.

Si hubiera de detenerme en relatar á usted los detalles de lo ocurrido en esta hermosa prueba tendría que renunciar al descanso que tanto necesito, pero podría usted suplir mi falta leyendo los periódicos de Cádiz de esta noche y mañana.

Saluda á usted muy satisfecho, su afectísimo servidor y amigo q. b. s. m.,

I. Martínez Rizo.

DE MARSELLA AL JAPÓN.

La travesía de Marsella á Shang-Hai dura cuarenta y cinco días, y cuesta en primera clase 2'500 pesetas, ó sea próximamente 55 diarias.

Como en general no se tiene una idea muy exacta de los detalles de la vida material á bordo, no carece de interés una ligera enumeración de las provisiones de todo género que exige un viaje de mes y medio.

Al salir de Marsella no lleva el correo de China más viveres frescos que los necesarios para llegar á la primera escala; pero en te-